

“Recuerdos de un viaje,” justifican el título que le dí en el capítulo primero del tomo anterior, pues son aventureros los que gustan de blandir la espada para hacer una conquista.

Los sueños de Maximiliano contemplando la escalinata monumental del Palacio de Caserta, y los de orgullo y ambición al *tocar el círculo de oro de la espada, antes tan poderosa*, lo harán descender en el juicio histórico, de la altura de su origen, hasta la denigrante y vergonzosa condición de un simple salteador.

En nuestro planeta todo es relativo: unos, con arreglo á su excelsa educación, quieren *blandir la espada y arrojar desde lo alto una mirada á la multitud, sintiéndose los primeros como el sol en el firmamento*: Otros, educados en una atmósfera más pesada y en otra escuela más impúdica, usan el arma prohibida para apoderarse igualmente de lo ajeno; y como el crimen, en cualquiera de sus grados tiene sus puntos de contacto, los salteadores de un trono, ó los salteadores de un hogar, reciben cinco balazos en recompensa de sus afanes, ora sobre la poética colina de un cerro, ora sobre el rústico embaldosado del patio de una cárcel.

Los moralistas han pretendido borrar de la frente de los usurpadores la mancha del crimen con algunos lavatorios en el Jordán de la generosidad, como si todavía hubiera cándidos que creyeran en el agua bendita, quitando los pecados del mundo.

El usurpador, por más giros que se den al lenguaje, y por más vuelo que se dé á la inteligencia para que con ráfagas de luz ilumine el fondo de los antros del crimen, no podrá borrar ni destruir sus hechos, que son la base de terrible sentencia.

El usurpador, con la pesada carroza de sus ambicio-

nes, hunde en la muerte y en la nada al que se opone á su paso en legítima defensa de sus derechos, si por desgracia no tiene los elementos necesarios para detener en su camino al detentador de sus prerrogativas.

Yo fuí testigo presencial de los inmensos perjuicios causados por Maximiliano para abrirse camino hasta la capital de la República, primero, y para sostenerse después en su puesto de donde lo arrojaba con furia la voluntad nacional: que hubo víctimas y desgracias lo supe, porque estuve al lado de aquellas y contemplé éstas con estupor; y no es lo mismo leer en un periódico la descripción de una batalla, que presenciirla y tener que recoger el campo después del combate; por mucho que los historiadores se figuren, por viva y ardiente que sea su imaginación para representar el cuadro horrible de la muerte con todo su fúnebre cortejo, solo el que ha sentido caer sobre la mano el llanto de los moribundos mezclado con las ardientes lágrimas de la que va á ser viuda y del que va á sentirse huérfano y sólo en medio de un mundo egoísta y despiadado, puede saber cuánto hace estremecerse de dolor aquel llanto, y cuanto hace sufrir el ¡ay! desgarrador del moribundo. Los que tenemos valor para esperar la muerte al pié de la bandera, nos sentimos cobardes y timoratos en las salas del Hospital de sangre.

Cuando detrás de aquel cuadro de miserias humanas vemos al usurpador admirando la *escalinata monumental del Palacio de Caserta, dispuesto á blandir la espada del Hapsburg de España para conquistar un trono*, no podemos, ni al través de los años, reprimir el grito de indignación que sale desde el fondo de una alma herida por tantos infortunios.

Para los moralistas no es un crimen de lesa civilización, sembrar de cadáveres el camino que ha de reco-

rrerse para llegar al objeto deseado, invocando la peor de las causas, enarbolando la bandera de la infamia é insultando á todo un pueblo con el lema de *Equidad en la justicia*, lanzado en una proclama como el más cruel de los sarcasmos.

Cuanto más los pageneristas ensalcen á Maximiliano por su claro talento y su vasta y sólida instrucción, más y más lo afirman en el banquillo del acusado, de donde han querido levantarlo los poetas, después de ceñirle la corona del martirio.

Analicémos.

Maximiliano no ignoraba ni podía ignorar que la *Junta de notables* formada bajo la presión de las bayonetas francesas, todo era, menos la expresión universal del sentimiento público; y tan así lo creyó, que al dirigirse á Gutiérrez Estrada participándole su aceptación, le decía entre otras cosas: “con la condición de que la Francia y la Inglaterra me sostengan con su garantía moral y material en tierra y en los mares.” Luego en buena lógica debemos suponer que Maximiliano sabía que la voluntad del pueblo no lo sostenía en ninguna parte, y que al dar su asentimiento, había pesado en su ánimo el pró y el contra de su imperial aventura. El acta de aquella célebre Junta se conservará en la Historia como el más descarado insulto á la verdad.

Voy á robustecer mis ideas con las oportunas palabras del Conde Kératry, á quien citaré varias veces en este capítulo.

“A pesar de las flores y los fuegos artificiales, prodigados en el tránsito del general Forey al entrar á México, el entusiasmo fué ficticio. Lo que debió sobre todo llamar la atención de un jefe observador, fué que Juárez no había sido expulsado por la población de la Capital. El Jefe del Estado cedía el puesto por la fuerza, pero sin compromiso alguno. En su retirada llevaba consigo el poder republicano sin dejarlo caer de sus manos: estaba agobiado, pero no abdicaba. Tenía la tenacidad del derecho. Durante

“cinco años el secreto de la fuerza de inercia ó de la resistencia del viejo indio, fué retirarse de pueblo en pueblo, sin encontrar jamás en su camino, ni un asesino, ni un traidor.”

Debemos suponer también que el aspirante al trono de México, daba su preferencia en la lectura á los periódicos del continente que pretendía gobernar con el beneplácito del mundo entero, porque es indigno suponer que quien iba á echar tan pesada carga sobre sus hombros, no procuraba conocer la opinión universal de nuestra patria: esa opinión era clara, franca y viril en los lugares en donde no imperaba la intervención francesa. El siguiente artículo publicado en el Núm. 7 de “La Victoria,” Periódico del Gobierno de Oaxaca, (Julio de 1863) era bien explícito por cierto: dice así:

“Solo hemos recibido un periódico de Puebla, el “Boletín Oficial” sin ninguna noticia nueva, digna de llamar fuertemente la atención.

“Los invasores y los retrógados se engolfan en su victoria, se desempolvan los pergaminos, se rizan los cabellos y se vuelven á sacar á luz las casacas bordadas, para representar en la ciudad los sánetes de Versalles. Si la dignidad de hombres libres ha desaparecido de las almas infames, en cambio el orgullo del ridículo y la ostentación vanidosa les recompensa en sus farsas monárquicas, el peso de la cadena de opróbio que arrastran entre el fango.

“En un instante y como por obra de encanto, á la democracia de Esparta suceden en México las escenas libidinosas del reinado de Luis XV con toda su humillación, con su lasciva podredumbre, con sus falsos dorados; es que una República democrática, la más generosa, la más atrevida, la más liberal y más grande, se ha tornado en un imperio absoluto, extranjero y despótico, aborto singular de la sacrílega cópula de la traición, el fanatismo y el asesinato.

“Cada uno de esos cortesanos ridículos lleva en su pecho las heces corrompidas de la dominación colonial, ó el timbre eterno de la infame vendimia de su patria.

“Los Borgias y los Médicis, envenenadores de oficio, eran más nobles que esos mendigos cobardes y traidores: la sombra de Alejandro VI se avergonzaría de encarnar en el obispo Labastida: el conde D. Julián y Picaluga tendrían asco de Almonte: los cortesanos de Faustino Soulouque no se pondrían por decoro los viejos uniformes de estos andrajosos arlequines.

“Pero, con una bendición del papa, bien pronto quedarán purificados, en estado de gracia, trascendiendo y derramando indulgencias.

“El austriaco Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Márquez, Almonte, los obispos y el general Forey, nuevo Breno en América, han reemplazado los nombres de los famosos republicanos, Ocampo, Lerdo, Valle y Degollado: ¡famoso contraste! ¡encantadora perspectiva!

“Bajo este imperio *tan dulce*, los hombres de conciencia, los que miren el patriotismo como un sentimiento humano, los que sostengan á la República, serán tratados como enemigos. S. M. I. los mandará ahorcar ó freir en las calderas de la inquisición, y á los indios no les espera otro porvenir que trabajar como bestias de carga al servicio de su augusto soberano, pagar el tributo, adorar á sus curas, y perecer poco á poco, según lo indican las tendencias del extranjero.

“Saligny, *el grave ministro*, dirigirá con fuerte espíritu la matanza del pueblo mexicano; el triunvirato erigido en Regencia del Imperio, extenderá los decretos de proscripción, de confiscación y de muerte, y los soldados de la culta Francia serán aquí los ejecutores.

“He aquí un imperio cuya felicidad nos seduce. El Príncipe Maximiliano, al saber todo esto, desdeñará esta corona de abrojos que se le ofrece en nombre de todas las injusticias posibles; y entonces, acaso un Príncipe francés la recibirá llena de sangre de manos de los traidores y de los Generales de Bonaparte.

“Es tan absurdo, tan espantoso lo que el bando retrógrado concibe, que si en sus manos la República hubiera de morir, esclamaría como Agripina asesinada por el soldado de Nerón: “¡Hiere el vientre!”

“Pero no; la República es inmortal en América: la República es la aspiración generosa y el sublime principio de los pueblos en el siglo XIX; la República tiene aún bastante sangre que derramar en esa ara infinita en que lucha hace tantos siglos contra los brutales embates de la fuerza y el despotismo; la República no es ya un sueño en América: es una realidad resplandeciente, conquistada á precio muy caro para dejarla destrozada por 30,000 soldados extranjeros.

“Cuanto más torpe, cuanto más desusada, cuanto más bárbara sea la política de nuestros enemigos, más cerca está nuestro triunfo, más hermosa será nuestra victoria.”

Hay también otro documento que debió conocer Maximiliano á su debido tiempo, el cual contenía la solemne protesta del Pueblo Mexicano, hecha por boca de sus

legítimos representantes en el Congreso Nacional. Fué publicado á su debido tiempo y dice así:

Protesta de la Diputación Permanente.

“La Diputación Permanente del Soberano Congreso de los Estados Unidos Mexicanos faltaría al más eminente y sagrado de sus deberes, si guardase un criminal silencio á la vista de los torpes y escandalosos sucesos que acaban de verificarse en la capital de la República. Ultrajada la Nación en todos sus derechos, burlados y escarnecidos los más sanos principios de la razón, de la moral y de la justicia, á la sombra de la efímera fuerza de algunos soldados extranjeros que no supieron vencer ni pudieron humillar á los héroicos republicanos que defendían los muros de la ciudad de Zaragoza; una facción de traidores y cobardes, mil veces vencidos en las luchas intestinas, de fanáticos crueles que, lejos del peligro, decretan la proscripción y la muerte de los más leales patriotas; una facción de egoístas miserables que todo lo posponen al interés del oro; de famélicos degradados que en la guerra civil han fluctuado como la escoria de todos los partidos, pretende ya despojar á la Nación, y para siempre, de sus títulos más gloriosos, de su nombre grabado en la historia de su independencia, ganada y afianzada con la sangre de sus mejores ciudadanos, de sus instituciones más queridas, de sus libertades más preciosas.

“Y esa facción pequeña de seres abyectos é imbéciles que hoy adula y sirve al poder extraño, y mañana será el objeto de su alto desdén y menosprecio, no se cansa de repetirnos con la insigne mala fe que siempre ha dictado sus palabras, que Luis Napoleón, generoso y benévolo, sin ulteriores miras, sin designios recónditos, sin intereses bastardos, ha hecho á sus soldados atravesar el Océano, causando enormes gastos al Tesoro de Francia, sólo para cumplir una misión piadosa y humanitaria, sólo para darnos la paz, la libertad, los bienes todos que constituyen la felicidad de un pueblo, y dejarnos gozar tranquilos de esos grandes bienes sin mengua de nuestra honra, sin menoscabo de nuestra integridad, sin ofensa, ni aún leve, de nuestra existencia nacional. El General extranjero, asociándose también con fingida generosidad á las perfidias de la facción traidora, repite sus frases engañosas que, por incoherentes é inexplicables, no necesitaban de ser desmentidas por la evidencia de los hechos.

“Declararse triunfador y victorioso el que ha ocupado, sin otra seria resistencia que la de Puebla de Zaragoza, dos ó tres ciudades abandonadas por motivos accidentales en un país que tiene una inmensa extensión de territorio; pensar que una línea militar de Veracruz á México, incessantemente hostilizada por fuerzas nacionales y en la que el invasor no tiene sino el terreno que pisa, equivale á la conquista de ocho millones de habitantes, en su gran mayoría